

HCR
056
R454-TC

LA ESTRELLA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA
SAN JOSE, COSTA RICA, América Central

Doña Julia Alvarez de Núñez

Dolorosísimo es recibir los despojos mortales de una persona querida, pero es un consuelo saber que llega a reposar eternamente al lado de los seres más queridos de su alma. Además, todas las honras fúnebres tan merecidas que se le tributarán y todas las misas que se dirán por el alma de doña Julia, es la corona más hermosa que puede ofrecerse a una alma tan piadosa y tan santa como fue esta digna señora, que es el mejor ejemplo de lo que vale la religión para formar el corazón de santa madre, esposa admirable y amiga caritativa y generosa.

Pasarán muchos años y el recuerdo de doña Julia no se borrará del corazón de las numerosísimas personas a quienes prodigó a manos llenas la caridad de su espíritu bondadoso. Nuestras oraciones se elevarán llenas de sinceridad por el eterno descanso de su alma, y si no las necesita, que las ofrezca por el alma de aquellas personas que no tienen ni quien ruegue a Dios por ellas, así se le dará ocasión de continuar su infinita caridad desde el trono de Gloria que Dios le tenía preparado.

Sara Casal Vda. de Quiros.

El cultivo de las hortalizas en las casas y escuelas

(Continuación)

LA SEMILLA

El empleo de buena semilla es una parte esencial de la horticultura satisfactoria. Esta se debe elegir cuidadosamente para asegurar su pureza y dejarla libre de materias extrañas. Al hacer la selección hay que estar seguro de eliminar las semillas enfermas y mutiladas, las muy pequeñas, y aquellas que estén imperfectas por otras causas. La semilla que se usa en el huerto debe provenir de firmas de reconocida reputación cuyos productos han probado ser altamente satisfactorios. El empleo de buena semilla resultará en la producción de plantas uniformes y que maduran a un mismo tiempo.

Si se tiene duda de la viabilidad de la semilla, es muy importante hacer un ensayo de germinación, especialmente tratándose de semilla que ha sobrado del año anterior. En esta prueba, por ejemplo, se cuentan 100 semillas que se colocan entre lienzos o papeles secantes húmedos en un plato llano, y se cubren con otro plato. Después de 4 ó 5 días, a una temperatura normal, si se mantienen húmedas, las semillas viables germinarán, pudiéndose así determinar el tanto por ciento de germinación.

EL SEMILLERO EN CAJA

El empleo de semilleros en caja para la siembra es una práctica bien establecida. El tamaño ideal para estas cajas es de 8 a 10 centímetros de profundidad, 30 a 35 centímetros de ancho y 50 a 60 centímetros de largo. Se debe usar madera liviana y durable. Las tablas del fondo deben estar separadas como 6 a 12 milímetros para que permitan el desagüe. Después de que se construya la caja, se coloca en el fondo de ella una capa de partículas gruesas de tierra de cerca de $2\frac{1}{2}$ centímetros y de abono bien podrido. Esto evitará que la tierra fina se cuele por las aberturas. Entonces se llena la caja de buena tierra (un compuesto

cernido puede servir) hasta 12 milímetros del borde. Después se agita la tierra hasta que quede lo más firme posible, y se hace la siembra a una profundidad de $2\frac{1}{2}$ centímetros, en hileras separadas cuando menos 5 centímetros las unas de las otras. Después de hecha la siembra se recubre con la tierra y se riega. El cajón se coloca en un sitio caliente y se le agrega agua de tiempo en tiempo para que la semilla germine. En países fríos si se cubre la caja con un pedazo de vidrio se conservará la humedad adentro y se activará la germinación, pero el vidrio se debe retirar tan pronto como las plantitas comiencen a brotar de la superficie. Cuando las plantas tengan una altura de 4 a 5 centímetros deberán aclararse para que haya lugar en que puedan desarrollarse plantas sanas y robustas.

SEMILLEROS

Si el huerto es lo suficientemente grande para necesitar un semillero, es siempre conveniente reservar un rincón para este objeto. Ahí, preparando especialmente la tierra, se pueden producir mejores plantas que si se cultivan dentro de un edificio. El hortelano puede trasplantar del semillero al huerto y estar razonablemente seguro de obtener plantas robustas.

Buena tierra para un semillero consiste en una parte de estiércol bien podrido, dos partes de buena marga de huerto o materia vegetal descompuesta, y una parte de arena limpia y fina. El estiércol debe estar bien podrido pero no debe haber estado expuesto a los elementos de manera que haya perdido su fuerza. La adición de hojas podridas hará que el suelo se adapte mejor para semillero. Cuando se han mezclado todos los ingredientes en un montón y se han removido bien con una pala, se debe cernir la tierra y colocarse en cajones o en los cuadros o eras, ya lista para la siembra.

(Continuará)

Para todo dolor

AFIASPIRINA

el producto de confianza

BAYER BAYER

DIRECTORA:

Sara Casal Vda. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1.^a - Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la
Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 15 de Abril de 1934

Suscripción mensual

de

cuatro números:

C 1⁰⁰

Frutos del Año Santo

LA humanidad se ha debatido en los años próximos pasados en un océano de miserias humanas de todas clases: conflictos internacionales, luchas sociales, conflictos en los hogares, hambre por falta de trabajo para millones de obreros, inundaciones, ciclones, terremotos, malas cosechas y desmoralización espantosa.

El Sumo Pontífice por inspiración divina resolvió verificar el Año Santo para que por medio de la oración se alcanzara misericordia para tanto mal como afligía a la humanidad.

Y fue un éxito completo: miles de miles de almas en peregrinación hacia Roma llegaron a los pies del Santo Padre para recibir su santa bendición que en nombre del Dios de los Cielos y Tierra El impartía a todos los que humildemente imploraban la gracia divina. Los frutos han sido maravillosos, un resurgimiento espiritual se nota en todo el mundo: el cable nos da noticias muy frecuentes de manifestaciones de piedad admirables. La semana pasada un cable nos dice que 600 pastores protestantes han presentado solicitud al Vaticano para ingresar al seno de Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica; todos esos sinceros pastores, padres de numerosísimas almas que indudablemente los seguirán en su determinación, y los que por el momento vacilaren, lo reflexionarán y muy pronto también se unirán a sus pastores para formar parte de nuestra Iglesia. El sufrimiento, el dolor, las amarguras, han templado las almas y las han acercado a Dios. El dolor es un gran bien para las almas, las purifica y las eleva hacia la espiritualidad. Somos humanos y el alma siempre siente la necesidad de Dios; cuanto más elevada está el alma, más se aleja de lo terreno, de lo humano. El pecado, la inmundicia encenaga el alma y la ciega, y no la deja desprenderse de la tierra: los placeres humanos engañan y ciegan el alma y apagan la luz divina en las almas.

Dichosamente que la Luz divina que Dios puso en cada alma, brilla cuando las almas humildemente se acercan a Dios y reconocen sus infinitas misericordias. No hay alegría más grande en el cielo, que cuando entra un pecador arrepentido, y Nuestro Señor le ha dicho a almas muy santas: «Que la vuelta de las almas a su Seno son las Pascuas Divinas de las almas con El». Jesús nos amó mucho, y por ese amor se quedó con nosotros en la Eucaristía, y es tal su amor que desea enviar su Espíritu Santo por medio de la Consagración Universal al Espíritu Santo y esa gracia será el mayor premio que la humanidad pueda recibir por el Año Santo. Y los frutos de la Consagración Universal serán las Pascuas Divinas de las almas con Nuestro Dios.

Es tal la desmoralización y maldad de la humanidad que si no fuera la Misericordia Divina y el inmenso amor que nos tiene el Corazón de Jesús, debieron haber llovido castigos terribles sobre el mundo y Dios no lo hizo, y quiso hacer un último esfuerzo y pidió la Consagración Universal al Espíritu Santo. Cómo es posible dudar del Corazón amoroso de Jesús, dudar que nos ame, cuando derramó hasta la última gota de su sangre por los hombres, sus hijos; cómo es posible no creer firmemente que está deseoso de derramar su Espíritu Santo para que la luz y el amor divinos inunden las almas de toda la humanidad. Oremos mucho para que el mundo sea consagrado al Espíritu Santo y preparémonos a recibir todo lo que Nuestro Señor desea enviarnos para que seamos verdaderos hijos suyos y lo amemos con amor divino. Limpiemos nuestras conciencias por medio de una santa confesión y recibamos a Jesús en nuestros corazones y esperemos... todas sus gracias. Seamos los hijos pródigos que vuelven humildes después de haber pecado a implorar perdón y misericordia y entonces realizaremos las Pascuas Divinas con el que tanto nos ama. Ese Jesús que pacientemente espera en el Sagrario la vuelta de las almas a su amoroso Corazón.

El porvenir de la mujer

Por BADENES

¿QUÉ ES EL FEMINISMO?

pregunta Rosa Azul. Pues, en el sentido que hoy día tiene, es la doctrina que sostiene que hay que dar a la mujer todos los derechos que le competen como persona y como mujer. Como persona, iguales a los que por este título reclama el hombre; como mujer, los derechos exclusivamente suyos. Esta doctrina debe ser práctica y llevar a las mujeres bien unidas a trabajar y luchar por su emancipación. Entre las aspiraciones del feminismo figuran como principales el ascender en las carreras, principalmente en aquellas que se adaptan mejor a su sexo, en elevar las condiciones de la mujer en el matrimonio especialmente en las naciones donde el marido es considerado como tutor para todos los efectos civiles; igualdad de salarios y de trato sobre todo cuando su trabajo rinde la misma utilidad que el del hombre; derecho a votar y a ser elegida para los cargos públicos...

HAY BUENO Y MAL FEMINISMO

Muchos quisieran que la mujer no fuera más que un juguete, pura potencia pasiva, sin entendimiento ni voluntad. Schopenhauer decía que la mujer tiene los cabellos largos y el espíritu corto. Hoy no podría afirmar lo mismo. Para Proudhon la mujer es pura receptividad: lo mismo que ella recibe del hombre el embrión, recibe de él el espíritu y el deber. Platón sostenía que la mujer es un diminutivo del hombre, una especie de término medio entre él y el resto del reino animal; son los antifeministas. Por el contrario hay feministas exaltados que preconizan la total desaparición de la autoridad del hombre. «La mujer, dice Mme. Renooy, debe ser la cabeza y el hombre el brazo». Creen que dando a la sociedad media vuelta de campana queda todo arreglado, como los que no encuentran otra solución a la cuestión social que convertir a los ricos en pobres y a los pobres en ricos.

EL CRISTIANISMO

elevó a la mujer. El Salvador no distinguió entre el hombre y la mujer, concediendo a los

dos poderse elevar a la más alta santidad. Es a una mujer a quien enseña su altísima doctrina en el pozo de Jacob, perdona a la adúltera y a María Magdalena; asocia a su apostolado a las mujeres, en cuanto las costumbres de aquellos tiempos lo permitían. Al pie de la Cruz representando a la Humanidad redimida, ennoblecida, hay un hombre: S. Juan Evangelista, pero varias mujeres y entre ellas María, la madre de Jesús, donde la pura criatura humana ha llegado a su mayor esplendor. Para Cristo, dice S. Pablo, no hay judío ni gentil, griego ni bárbaro, hombre ni mujer. En la religión cristiana todos son hermanos.

LA IGLESIA CATÓLICA

siguiendo las huellas de su divino Maestro fué poco a poco, según lo permitían los tiempos, pero sin cejar un instante, rompiendo las cadenas que convertían a la mujer en esclava del hombre. Reconoció siempre la personalidad de la mujer y procuró aumentar su valor hasta entonces desconocido, instruyéndola, elevándola moralmente, proporcionándola refugio, asegurándola los derechos esenciales en el matrimonio y en el hogar. No es una sierva, es una compañera del hombre. Desterró la poligamia, fuente verdadera de su degradación y consagró la dignidad de la mujer con la indisolubilidad del matrimonio.

LA MUJER TIENE DERECHO AL CELIBATO

lo mismo que el hombre, de lo contrario tendríamos que admitir la poligamia. Si consideramos al hombre y a la mujer en el celibato, no hay motivos para atribuir a unos más derechos que a los otros. La sociedad se compone igualmente de hombres y mujeres, y los dos pueden contribuir igualmente al bien común. Con relación a la inteligencia, fuerza, ciencias, artes, de todo lo que pueda contribuir al progreso, la mujer puede llegar más o menos donde llega el hombre. Si hasta ahora la fuerza parecía exclusiva del hombre es porque la mujer no era educada para adquirirla: encerrada en su casa, sin hacer ejercicio ni practicar el deporte, sus músculos se atrofia-

ban. Lo mismo hay que decir respecto de su inteligencia: hoy que se abren para ellas las puertas de los institutos y universidades, la mujer muestra tanta disposición a las ciencias y artes como el hombre. Y con el tiempo, cuando la necesidad, los nuevos derroteros de la vida obliguen a la inmensa multitud, hoy retraída, a entrar en la vida pública, en nada se diferenciará en este aspecto el hombre de la mujer.

¿DÓNDE ESTÁN LAS DIFERENCIAS?

La naturaleza las hace bien patentes. La mujer pertenece a la especie más que el hombre: ella es la madre del género humano; en sus entrañas se elabora la vida; es en su seno donde se nutre y forma, es a sus pechos donde se conserva: a este sagrado fin debe orientar su vida desde la infancia. Para desempeñar un papel tan importante la naturaleza le ha dado todo lo necesario. Las cualidades diferentes de los dos sexos derivan de aquí. La mujer está destinada a ser madre, a conservar la vida de sus hijos, a formarlos; el padre asegura su felicidad con su trabajo y ayuda. La maternidad es incompatible con los duros trabajos de la vida. ¿No se ve esto en los animales que viven en parejas, que, mientras la hembra empolla a sus hijitos, el macho busca el alimento? Prevalerse de la debilidad que trae consigo la maternidad para hacer de la madre la esclava del marido es el más sacrilego de los crímenes y la más infame de las villanías.

LA MUJER OBRERA

La mujer obrera siempre ha existido, pero las condiciones actuales del trabajo son muy diferentes de las de antaño; ahora la mujer trabaja fuera del hogar, en la fábrica, en la tienda, etc., trabajo penoso, prolongado, absorbente, en lugar del tranquilo de antes, sentada, hilando, cosiendo, bordando, libre para vigilar y levantarse para cumplir algún deber.

ESTE TRABAJO TIENE UN ASPECTO BUENO

La mujer se hace más independiente, puede con mayor libertad escoger esposo, pues su oficio le sirve de dote. El obrero, el funcionario, no se casan sino con una mujer que tenga suficiente dote o aporte un buen jornal. Y si no se casa, el trabajo le da para vivir y

no da pábulo a la prostitución. En los países en que el trabajo de la mujer está bien organizado, desaparecen las casas de mal vivir.

PERO ES UN MAL MENOR

Si el marido pudiese él solo atender a las necesidades de la familia, no exigiría de su esposa más servicios que los de su hogar; se casarían sin buscar su dote. Guardaría consigo a las hijas ocupadas en los trabajos de la casa. No siendo posible nada de esto, la mujer obrera es un mal menor. Pero en sí es un mal, porque es la supresión de la familia; el interés primordial que es el de los hijos, peligra. La madre no puede alimentarlos, los confía a otras manos y no sabe nada de lo que hacen los mayores, no conoce las torturas del hogar, dejará enfriarse el nido y los pájaros volarán antes de tiempo. El marido al entrar por las tardes cansado del trabajo no encontrará un hogar y marchará al cabaret, vendrá el alcoholismo y la desmoralización.

REMEDIOS

No puede la pública autoridad prohibir la mujer obrera sin obligar a que se dé al marido el salario familiar; de otra suerte se multiplicaría el celibato y con él el concubinato. Y estas mujeres célibes que no pueden casarse ¿de qué han de vivir si por una parte no pueden contraer matrimonio y por otra se les niega el trabajo en la fábrica o en el taller? Una solución sería la división del trabajo; reservar para la mujer exclusivamente aquellos trabajos más en consonancia con los deberes maternales, disminuir para la mujer las horas de trabajo sin que se disminuya el salario, para que pueda atender a las obligaciones del hogar.

PERO LA MEJOR SOLUCIÓN

es que, si los patronos no lo hacen espontáneamente, el Estado les obliga a fundar Cajas de compensación familiar; que el Estado fomenta la construcción de casas baratas y cómodas con su pequeño jardín y corral en lugares sanos, escuelas gratuitas, cooperativas, patronatos...

El divorcio, cáncer de la sociedad

Por el DR. C. FERNANDEZ.

(Envío de don José Luis Pujol)

Pocos temas en la actualidad han apasionado y dividido tanto la opinión como este del divorcio. En pro y en contra militan con fiereza aguerridas huestes. Y es que el asunto entra en los programas de no pocos partidos políticos como algo sustantivo de los mismos. A su vez la Iglesia concede al problema una máxima importancia. La política socialista, de tanto predominio hoy en día, no puede cejar en sus impugnaciones al matrimonio indisoluble, sin prevaricar de su consigna de ataque a la familia como puntal firme de la propiedad. A nadie, pues, extrañan sus demandas, y la lógica inflexible de los hechos vendría a darles la razón el día en que la facultad de extender esuelas de defunción de matrimonios esté al servicio de una judicatura poco escrupulosa y por debajo del nivel de su misión. Por fortuna, la ley del divorcio establecida poco ha en nuestro país (España) choca con la eximia honradez de nuestros Magistrados. Pero, ¿quién puede asegurarnos que ese freno no se romperá o aflojará en lo sucesivo, quedando la ley del divorcio convertida en tarifa de agiotaje como en algunos otros países? Las demandas de divorcio han sido tan numerosas en otras naciones, que la tramitación de tales causas ha pasado a ser uno de los medios más lucrativos. Sólo en la ciudad de Chicago, y en un sólo día, el número de demandas de divorcio arrojó la cifra de trescientos, cosa increíble si así no nos lo aseguraran las estadísticas, y si no fuera una comprobante la existencia de «The business of the alimony», organización que crea matrimonios, luego el divorcio, y después la recompensa de tales gestiones. Y es que roto el dique, la inundación es segura. «La ley del divorcio—ha dicho un jurista laico, Glasson—conduce fatalmente al abuso del mismo».

Naquet, apóstol del divorcio en Francia, pudo decir: «La société monte partout où la famille descend». Pero un libro reciente, del Dr. Bas, viene a desmentir una vez más su aserto. La sociedad nada ha ganado con el

divorcio, aunque sí, muchos individuos. Y no tan sólo no ha ganado, sino que, a la luz de la sociología, de la biología y de la estadística, el divorcio aparece como un verdadero cáncer de la sociedad, incurable a menos que sin miramientos de ningún género, se establezca la indisolubilidad del matrimonio. El divorcio camina lógicamente hacia el libertismo sexual. Los efectos, pues, de este libertismo sexual deben atribuirse, aunque en menor escala, al divorcio. Si por motivos eugenésicos pudo parecer una ventaja, la experiencia ha demostrado que no es así. La degeneración fisiológica y psíquica es una resultancia del divorcio y del amor libre. La natalidad se resiente grandemente y ha constituido motivo de alarma para muchos países. La criminalidad especialmente juvenil, también tiene por una de sus causas más fundamentales el divorcio. Otro tanto debe decirse del suicidio, y sobre todo de la inmoralidad. Y no es cuestión de afirmaciones sino garantía de pruebas: el Dr. Bas con la estadística en la mano, estudiando el asunto desde un punto de vista enteramente pragmático, punto de vista que tanto halaga a los divorcistas, lo demuestra palpablemente.

La indisolubilidad, pues, del matrimonio no es tan sólo un dogma teológico como quieren los jurisconsultos partidarios de la disolubilidad del vínculo matrimonial, sino que ese dogma está sancionado también por argumentos éticos, sociales, biológicos y por los resultados adversos del divorcio. «¡Sálvense los resultados, aunque se quebranten los principios!» escribió un insigne profesor. Y la verdad es que los resultados no pueden salvarse al menos por algún tiempo y en la generalidad de los casos, si los principios fallan. Este libro del Dr. Bas muestra hasta la evidencia, esto que acabamos de decir. La influencia bienhechora del matrimonio en la sociedad es innegable, como innegables los efectos contraproducentes del divorcio, que si en la mente de sus defensores viene a crear hogares con amor, de hecho no crea más que amor sin hogares.

El niño y la niña

Cosas que parecen cuento y no son cuento

Por FR. PAULINO ALVAREZ, O. P.

Lo que vamos a contar sucedió hace ya muchos años, más de ciento cincuenta. Tomamos esta historia de un libro que se escribió entonces y todavía no se ha publicado. Su autor era considerado el más sabio entre los sabios de Zaragoza, y dan fe de la verdad histórica otros dos sabios famosos, escritores en toda España por aquel tiempo.—Curioso y devoto lector que esto lees, si por acaso vas un día por Zaragoza, acércate al convento de dominicas de Santa Inés y pide que te enseñen esa historia manuscrita, y verás como es verdad lo que aquí se te cuenta.

La niña se llamaba Gertrudis, nacida en Tafalla y por consiguiente navarrita. Sus padres eran nobles. El padre era senador del reino y sus hermanos ostentaban insignias de altos jefes de la milicia. De Tafalla se pasaron a vivir a Zaragoza, y en esta ciudad ocurrieron los embelesantes encuentros que se van a referir. Cuando la niña contaba cinco abriles, como un día oyese contar los tormentos de Jesús en su Pasión, sintió tanta pena que rompió a llorar y a decir que también ella quería padecer con el Señor.

Un niño lindísimo, nunca visto, de su misma edad, se le presenta y quiere consolarla, diciéndole muy cariñoso: «Niña mía, ¿qué te pasa? ¿por qué lloras? ¿quieres venir conmigo? En mi casa te daré muchas cosas y jugaremos mucho y estarás muy contenta».

«No puede ser, dice la niña; tengo padre y madre que por no volver yo a casa tendrían mucha pena y me andarían buscando».

No te buscarán, contestó el niño; yo lo sé; ven que mi madre te quiere mucho y cuidará de ti y te hará muchas caricias y nos dará muchos juguetes. ¿Quieres verla?—Sí, contesta ella. Y tomándole de la mano la llevó a un jardín muy delicioso, donde estaba una señora muy hermosa y cariñosa, la cual dijo a la niña: «¿Quieres, angelito mío, que yo sea tu madre?—Sí, contestó ella sin titubear. Pues yo te recibo como hija si tú amas mucho al niño que te ha traído aquí, que es hijo mío. Sí, sí, le querré mucho! Es tan

lindo y cariñoso! Los dos nos hemos de querer y jugaremos juntos por este jardín.—Y tú, hijito mío, ¿querrás mucho a esta preciosa niña? preguntó la señora a su niño.—«La quiero y la querré siempre con todo mi corazón».—Desde entonces no sabía la niña qué hacer y qué dar al niño para agasajarle y contentarle.

Un día se le presentó el niño muy triste y se afligió ella mucho creyendo ser la causa de su tristeza; pero él, abrazándola la consoló y le dijo que quienes le entristecían eran otras personas que le debían amor y se lo negaban. Al oírlo ella le echó los brazos al cuello y exclamó: «Niño mío, niño querido: cuerpo y alma y corazón te doy yo; pero como soy pequeñita te ruego me digas lo que he de hacer para tenerte contento. Antes que faltar a la palabra quítame la vida». Cambió de semblante el niño, y muy contento le dijo: «En tu corazón estoy y estaré siempre».

Era la madre de Gertrudis, como aragonesa, muy amante de la «Pilarica» y muy dada a la oración. Los mismos afectos procuraba inspirarlos a la niña y al efecto algunas noches la llevaba consigo a una habitación retirada y juntas las dos oraban a la Virgen. Cuando la madre dejaba fuera del aposento a la niña se le presentaba el niño y la enseñaba a orar. Un día que la encontró dormida, le dijo con queja amorosa: «Yo no duermo pensando en ti y tú duermes sin acordarte de mí...» Herida por esta dulce queja le contestó la niña: «Pues ahora duerme tú en mis brazos y yo velaré por ti». Y se reclinó el niño en su regazo y se hizo el dormido, y ella mirándole se quedó también dormida, mejor dicho, absorta en el amor del niño.

Cierto día fue la niña a ver a un tío suyo que mucho la quería. Después de hablar un rato la dejó sola por unos momentos y cuando volvió, notó que la niña estaba hablando sin ver con quien y que tenía la cara sonrosada y toda ella conmovida. Le preguntó el tío con quién hablaba y qué tenía, a lo que ella

respondió: «Pero no ha visto usted salir aquel niño tan hermoso? ¿Cuál? dijo el tío.—Aquel niño rubio. Jesús! y qué lindo! Me muero por ese niño». En esto reparó el tío que faltaban a la niña una falda y un jubón que había llevado puestos, y preguntándole la causa, contestó: «Mire; aquel niño traía solamente camisita y le he dado mi ropa para que se abrigara».

A veces el niño se le aparecía llagado y derramando sangre y coronado de espinas, y le pedía que le curase y consolase. «¿Cómo?» le preguntó ella un día, y él respondió: «Padeciendo tú por mí». Al efecto empezó ella a mortificar su cuerpecito con disciplinas y otros tormentos, y se hirió tanto en la espalda que se le formaron llagas. Cuando así la vió el niño la abrazó y pasándole amorosamente la mano por la espalda la curó, y le preguntó: «Por qué has hecho esto?—Por padecer contigo», contestó la niña.

Oyó a su madre decir que algunos santos habían ido al desierto para amar a Dios y cantarle alabanzas a solas. Quiere hacer ella

lo mismo, y tomando una camisita para mudarse y un poco de pan, salió de su casa camino del desierto. A poco de andar por calles desconocidas se perdió, sin saber qué camino tomar. En esto se le puso delante la señora, madre de su tan querido niño, la cual le preguntó a dónde iba. Contestó la niña: «Voy al desierto a hacerme santa pero no sé el camino». La tomó de la mano la señora y la llevó a un campo fuera de Zaragoza. Cuando la niña hubo comido el pan que llevaba y se vió sola y tuvo hambre se acordó del niño rubio tan querido y suspiró diciendo: «¡Ay, si estuviera aquí mi niño!». En aquel momento vió el niño a su lado y llena de alegría le abrazó y le rogó que se quedase con ella. Pero después se presentó la señora y viendo que la niña tenía hambre, hizo con el niño y la niña lo que hacen las madres con sus hijos de pecho y los tres volvieron a la ciudad.

¿Dirán que todo esto es un cuento? Pues yo prometo que cosas más increíbles he de contar de Gertrudis.

Incorporación del Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Carlos Chiarlo Nuncio en Centro América

Ha sido un honor para Costa Rica que su Santidad Pío XI estableciera la Nunciatura en Costa Rica. Representación muy limitada por ser la más alta representación que la Santa Sede acredita solamente en las grandes naciones. Atendiendo a la pequeñez de nuestro país no podíamos esperar tal distinción debida únicamente al mucho cariño y aprecio que tiene Su Santidad por esta pequeña república.

Felizmente que nuestro gobierno, comprendiendo esa distinción se apresuró a rendir homenaje digno de tan alta jerarquía al cultísimo y muy ilustrado representante Monseñor Carlos Chiarlo. La recepción ofrecida al distinguido obispo de Amida fué tal como se acostumbra recibir a tan altas dignidades en Europa. Y suponemos que nuestro Arzobispo en nombre de los católicos costarri-

censes debe haber enviado los agradecimientos por esa deferencia de Su Santidad Pío XI.

Que Dios conserve por muchos años a Monseñor Chiarlo para que su representación nos sirva para el adelanto espiritual de sus hijos y la mayor unión con la Santa Sede.

DE BUEN HUMOR

Varios amigos hablan de la fuerza física, y cada cual elogia la suya.

—Yo levanto cien kilos con una mano.

—Yo derribo una puerta con un hombro.

—Yo—dice un desconocido—paro un tren con una mano.

—¿Es usted el Padre Eterno?

—No, señor... soy... maquinista.

En provecho del Alma

Por PEDRO POVEDA CASTROVERDE

(Continuación)

CAPÍTULO V

PADRES, MAESTROS, MAYORES E INFERIORES

—Ten a gala el manifestar la veneración que tienes a tus padres.

—Oye con devoción la voz de tus padres, y ejecuta sin demora sus mandatos.

—Evítalos todo disgusto, y proporciónales todo el bien que puedas.

—Sé agradecido y respetuoso con tus maestros.

—Respeto a tus mayores, y obedéceles siempre, si lo que te mandan no es cosa mala.

—Cuida de que los que de ti dependen, conozcan y amen a Dios.

—Vela por tus inferiores, y enséñales, con dulzura y mansedumbre, el cumplimiento de sus deberes.

—Trata con respeto a tus criados, y, cuando hayas de reprenderles, sé suave y mesurado en la reprensión; pues, si eres altanero, ellos quedan humillados, pero no corregidos, y tú mismo te desautorizas a sus ojos.

—El que no ama a los niños tiene endurecido el corazón.

—No hagas alarde de tu autoridad.

—Sé muy caritativo cuando reprendas al prójimo.

—Aprende a callar cuando te reprendan, y a ofrecer a Dios en silencio la humillación.

—Siempre gana el que obedece.

—Obedece ciegamente al que te manda algo bueno.

—Tantos bienes hay en obedecer como dificultades en mandar bien.

—La obediencia es gran defensa de todas las virtudes.

CAPÍTULO VI

POBRES

—Nadie representa mejor a Jesucristo que los pobres.

—Trátalos con respeto y ampáralos con amor.

—No mires con desdén a nadie, ni aun al más pobre.

—Cercena tus gastos superfluos, y podrás socorrer cómodamente muchas necesidades.

—Con amor y socorro, llevarás muchos pobres a Dios.

—Prefiere siempre el socorro de las necesidades ocultas.

—Prescinde de muchas cosas que ni personal ni socialmente te son necesarias, y podrás alimentar a muchos pobres.

—No seas pródigo ni miserable.

—No olvides jamás que, con lo que empleas en nonadas, podrías enjugar muchas lágrimas y remediar muchos males.

—Para el que quiere ser perfecto, no deben existir los caprichos.

—Siempre que te sea posible, prescinde de intermediarios para socorrer al pobre, pues el recibir la limosna de tu propia mano le sirve a él de gran consuelo y edificación, hermoso complemento de la limosna que le das.

—Medita en las obras de misericordia, péntrate bien del espíritu de caridad que las informa, y con ese espíritu, y no otro, practícalas siempre.

CONOCIMIENTOS UTILES

Sillas de cuero.—Se frotan con clara de huevo batida.

Sillas de bambú.—Se lavan con agua caliente y se dejan secar al aire libre.

Tapices.—Se espolvorean con harina de centeno y sal, y después se limpian con un cepillo.

Si los colores son tiernos y claros, se emplean hojas de té humedecidas.

El amoníaco restaura los colores pasando una esponja empapada en una disolución; una cucharada de este líquido en cuatro litros de agua.

Las manchas de grasa se les quitan extendiendo una pasta de magnesia calcinada y bencina. Se deja secar y se cepilla.

Para preservarlos de la polilla se hace una mixtura con tres litros de agua destilada y tres cucharadas de esencia de trementina; después de bien limpio el tapiz se extiende con una esponja esta mezcla en su superficie; mejor por el revés.

Los cortinones se guardan doblados, poniendo entre sus pliegues saquitos de naftalina y alcanfor en polvo.

El poder del Santo Rosario

León XIII y el Rosario

El gran Papa que consagró el mundo entero al Sagrado Corazón, y que con insistencia y amor recomendó el Santo Rosario, es consolado en sus últimos momentos.

Ha llegado su día postrero. El reloj del Vaticano marca las once y media de la mañana. Los Cardenales afligidos rodean el lecho del Pontífice moribundo.

El Papa les dirige palabras de consuelo y les habla con fervor de la devoción a la Virgen del Rosario. Este es su testamento espiritual.

Al Cardenal Camarlengo le recomienda el cuidado de la Iglesia.

A las tres y cincuenta minutos de la tarde, el Papa entra en agonía muy dolorosa. Los ojos los tiene cerrados. Le han rezado las oraciones de los Santos. El Cardenal penitenciaro empieza el «Proficiscere».

El médico observa con ansiedad la cara extenuada del Pontífice agonizante. En seguida el Cardenal Vives y Tutó pronuncia con voz lenta las oraciones jaculatorias apropiadas para este momento supremo, repitiendo particularmente las que el Pontífice moribundo había hecho añadir a las Letanías del Sagrado Corazón: «Corazón de Jesús, esperanza de los moribundos». «Corazón de Jesús, Corona de todos los santos». Después el mismo Cardenal pide por el moribundo a todos los santos y bienaventurados a quienes León XIII ha elevado a los altares.

De pronto, el Papa hace un supremo esfuerzo, entreabre sus ojos... y dirigiéndose a su médico le dice con voz débil: «Querido amigo, ¡qué horribles sufrimientos!»

Estas son sus últimas palabras.

Los ojos vuelven a cerrarse. Sobre la cara se acentúa la palidez de la muerte. El momento fatal se aproxima rápidamente.

¡El Papa ha muerto!

Pero antes ha repetido interiormente actos de amor al Sagrado Corazón; antes ha unido sus sufrimientos a los sufrimientos infinitos de Jesús en su agonía de Getsemaní; antes ha consolado a los Cardenales afligidos y les ha recomendado el amor a la Santísima Virgen del Rosario.

El Rosario de un Santo

El célebre Cura de Ars, tan venerado aun en vida por su incansable celo y heroicas virtudes, había comprado en cierta ocasión una buena partida de trigo para sustento del «Refugio de niñas pobres» que él mismo había fundado, y no teniendo dinero con qué pagar, logró de su acreedor alguna prórroga. Pero llegaba ya el día de término, y el pobre Párroco no tenía un sólo céntimo, ni probabilidad humana de que le pudiese venir algún dinero.

Sin embargo, estaba muy lejos de turbarse, fíado firmemente en la divina Providencia y en la intercesión de la Santísima Virgen, que en casos parecidos de necesidad jamás le había faltado.

Para tratar más sosegadamente y sin distracción de nadie este asunto, salió como tenía de costumbre al campo y empezó a rezar con gran fervor el santo Rosario. ¡Cosa maravillosa! No lo había aún terminado, cuando repentinamente se le presentó delante una señora desconocida preguntándole:

—¿Es usted el Párroco de Ars?

—Para servir a usted, señora, contestó el santo varón.

—Pues aquí tiene usted esta cantidad de dinero que una persona me ha confiado para entregársela a usted.

—¿Hay que decir por ello algunas Misas?

—No, señor Cura: el dador sólo suplica que le encomiende usted en sus oraciones.

Y sin más palabras la señora se despidió y siguió adelante su camino, y el piadoso Párroco, lleno de satisfacción y agradecimiento a la Reina del cielo, volvió a su casa y pagó puntualmente al acreedor.

Algún tiempo después vino a encontrarse en otro aprieto, no menor. Habiendo hecho algunas reformas y mejoras en su iglesia parroquial, llegado el día de pagar su importe se halló con la bolsa completamente vacía. ¿Qué remedio? El de siempre: salir a la campaña con su gran arma, el santo Rosario, en la mano. Y surtió efecto; porque apenas había dejado a la espalda las últimas casas

del pueblo, acercósele un señor forastero, el cual, saludándole muy cortésmente, le dijo:

—¿Cómo le va a usted, señor Cura?

—Por lo que a mí toca, repuso él, muy bien. Pero precisamente ahora me encuentro en un gran apuro; porque me falta dinero con qué pagar a los obreros que han trabajado en restaurar la parroquia.

El caballero quedó un momento en actitud de reflexionar, y luego, echando mano al bolsillo, dió al devoto Cura contantes y sonantes hasta veinte monedas de oro, diciéndole:

—Ahí tiene usted lo que necesita para hacer su pago. Ruegue usted por mí, y hasta otra.

En efecto, la cuenta era cabal; ni peseta más ni peseta menos.

El Rosario de un impío

El escéptico escritor Volney se había embarcado; de repente se levanta una horrible tempestad. Olvidando él mismo las doctrinas que enseñaba, toma el rosario de una mujer que rezaba a su lado, se arrodilla y ora con fervor que admiró.

Cuando hubo pasado el peligro, uno de sus amigos no pudo contenerse y le dijo:

—¡Vos también orabais, como puede hacerlo la mujer más cobarde!

—Amigo mío—contestó Volney, destruyendo él mismo su desolador sistema de ateísmo—, puede uno ser incrédulo y ateo en su gabinete; pero cuando se encuentra entre el trueno que retumba y el abismo de las aguas que muge bajo los pies, se ve uno obligado a creer.

Rosario de Ampère

Todo el mundo conoce el nombre del ilustre Ampère, pues es una de las glorias más puras de la ciencia moderna.

Ampère era un gran sabio y un gran cristiano.

He aquí cómo vino a trabar estrechas relaciones con él un joven que más adelante había de adquirir una fama europea, Federico Ozanam. Contaba entonces 18 años; llegó a París, no incrédulo, pero con el alma más o menos trabajada por eso que podíamos llamar «crisis de la fe».

Un día Ozanam entra en una iglesia de la capital de Francia, y observa, hincado en un rincón del templo, un hombre, un anciano,

que rezaba fervorosamente su rosario. Se acercó a él y reconoce a Ampère, el hombre para él ideal, la ciencia y el genio vivos; a su vista se pone de rodillas sin hacer el menor ruido, detrás de él, y en ese momento la oración y las lágrimas brotaban como de suyo de su corazón. Era la completa victoria de la fe y del amor de Dios. Ozanam se complacía más tarde en repetir: «El Rosario de Ampère ha tenido sobre mí más eficacia que todos los libros y discursos».

El Rosario de otro sabio

¿Sabéis quién fue Chevreul? Chevreul fue uno de los más ilustres representantes de la ciencia contemporánea. Esto lo saben muchos. Pero lo que muchos ignoran es que Chevreul era piadosísimo y muy devoto del rezo del santo Rosario. *L'Univers* cuenta de él la siguiente anécdota:

«Haciendo una excursión algunos años ha, se encontró Chevreul de paso en Domdan (Seine-et-Oise). Entrando el Cura en la iglesia por la tarde del mismo día, divisó a un anciano que rezaba ante el altar de la Santísima Virgen. Se aproximó para saludarle, pero se detuvo temeroso de interrumpir su devota plegaria. Terminado el Rosario, el anciano habló al sacerdote con exquisita amabilidad: «Tal vez se habrá extrañado, señor Cura, de ver a estas horas un forastero en su iglesia. Soy Chevreul; se me ha escapado el tren, y mientras espero otro, he creído que no podía emplear mejor el tiempo que viniendo a orar a los pies de la Santísima Virgen». Y a la observación que el digno señor Cura hizo expresando el deseo de que todos los sabios se asemejasen al señor Chevreul, éste replicó discretamente: «Sí, mis compañero del Instituto son excelentes caballeros, de vasta ilustración, sabios notables en su respectiva asignatura; pero, ¡qué ignorantes en todo lo que se refiere a Dios! Dificilmente podrá usted creerlo».

CONSEJOS UTILES

Hules y telas enceradas.—Se limpian con trapos de lana o franela. Cuando pierden el brillo se restriegan con esos trapos humedecidos en aceite tibio.

Para lavarlos se emplea agua con leche, jamás cepillo ni jabón.

Informe de modas

«Muy femenina distinción» es la característica que resume la moda primaveral y estival. Es encantadora esta moda y de indecible gracia. De gran importancia son los tejidos. Para los primeros días claros de la primavera y para días frescos del verano nos presentan suaves y porosas lanas en colores combinados: gris, pardo, beige, verde, rojo herrumbro, oliva. Distinguidas combinaciones en negro blanco, gris claro y oscuro, gris pardo, beige pardo, pardo verde. Al lado de peludas lanas unicolores mencionamos muchos Angora Jerseys y paños fantasía tejidos en dibujo que se emplean solos o unidos con texturas rayadas y cuadradas.

La moda de la tarde favorece la boga de tejidos estriados a lo largo y en diagonal y los que aparentan ser marroquíes. Crespones lisos e impresos, sedas de Atenas y satines mates; elegantes tejidos dobles exterior liso e interior estriado—para trajes y abrigos.

Enorme es la elección en tejidos de lienzo y de algodón, piqué a modo de otoman y tejidos mezclados de seda y seda artificial. Representan a los tejidos transparentes semitiosos organdís y muselinas lisos, impresos y bordados con hebras de metal, tules de grandes mallas y vaporosos tejidos de encaje ante todo en negro y también en todos los otros colores modernos. El suave frou frou de tiempos pasados lo recuerdan crespones lisos, cuadrados, pequinados y a modo de muaré.

Parecen no haber cambiado las exquisitas formas de los vestidos. «Esbelta y estrecha» queda la divisa de la moda estival. En cambio, superabundancia de ocurrencias ingenio-

sas y nuevos detalles en escotes, mangas, en combinaciones de tejidos y de colores. Los primeros, aunque suba la temperatura, continuarán siendo más altos que el año pasado y los creadores de la moda encaminan la vertiginosa corriente de su inspiración hacia el hito principal, que vistan bien. Los hombros vuelven a bajar suavemente; en su centro se ensancha la manga superior. Vemos mangas cortas, semilargas, de tres cuartos y de entera longitud.

Continúan imperando los completos. Las chaquetas son cortas, semilargas o bajan hasta la rodilla; predominan formas rectas y sueltas. Los abrigos, en cambio, se nos presentan entallados, las semilargas mangas abiertas circundadas de blandos y suaves ribetes de piel o anchos ruches de tejido. Muy chic es un vestido princesa en crespón de China rayado de beige pardo, los hilos en sentido horizontal y vertical. Cuellecito y puños pardos. Cinturón de cuero y botones rojos. Abrigo suelto de tres cuartos del mismo material—fondo pardo con tiras en beige.

Los vestidos de noche estival son de indiscutible originalidad. Interpretan la gracia y sencillez juvenil unida con cierto donaire precioso. Los tejidos: muselinas finas como telaraña, tules, encajes, satines mates y crespones seda producen alada, vaporosa y multicolor policromía. Volantes, ruches, lazos, suaves colgaduras en cascada, transparentes bandas de encaje y tul, flores en el escote con artísticas guarniciones, de clásica sencillez. Las faldas que se abren en rica amplitud bajan hasta los tobillos, terminan en trena.

Las riquezas no constituyen la felicidad

Las siguientes declaraciones de grandes potentados lo demuestran:

Salomón, a quien concedió Dios grandes riquezas, que luego contribuyeron a que se pervirtiese, decía: ¡Vanidad de vanidades y todo es vanidad!

Rokfeller, el rey del petróleo, que padecía del estómago, ofreció un millón al médico que le curase.

Pierpont-Morgan, el gran multimillonario,

muerto en 1913, tampoco podía comer, y falleció de inanición en medio de sus millones y obras de arte.

Armocer, el rey de las conservas, tenía horror a la carne y estaba reducido a la dieta láctea.

Carnegie, también multimillonario, que ha empleado gran parte de su fortuna en obras benéficas, ha dicho: Todo el que de pobre se hace y muere rico, muere deshonrado.

Recetas de Cocina

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI, Profesora graduada en Bruselas

PLATOS FRIOS CONSOMMÉ EN TAZA

Dos libras de rabo de res, de la parte más gruesa, una libra de pata de res o de ternero. Se lava la carne y se corta en pedacitos, se le pone suficiente agua fría, sal y se pone a cocinar a fuego muy lento, meneándola y espumándola durante tres o cuatro horas. Cuando hierve se le agrega una cebolla, pimienta y un ajo majado; luego se pasa por un colador de manta, mojado y torcido, se deja reposar 20 minutos, en un lugar fresco, se le quita la grasa de encima, se vuelve a calentar y se sirve en taza. Se puede servir frío, si se quiere.

GALLETITAS INGLESAS

Media libra de harina.
200 grms. de mantequilla.
50 grms. de azúcar molido.
Un poquito de sal.
Un huevo.

Se mezclan todos estos ingredientes con la mano, se hace una pelota que se coloca en un plato en un lugar fresco o en la nevera. Se extiende la pasta con el bolillo sobre la mesa espolvoreada de harina y se cortan las galletitas en la forma que se quiera, punzándolas con el tenedor: se colocan en cazolejas untadas de manteca y se asan con el horno caliente.

PANCITOS DE ANIS

Media libra de azúcar molido.
2 huevos.
2 cucharadas de semillas de anís.
La cáscara de medio limón rallado.
Media libra de harina.
Una cucharadita de royal.

Se baten los huevos con el azúcar hasta que estén bien espumosos, se agregan los demás

ingredientes, la harina cernida con el royal, se hace una pasta que se extiende con el bolillo en la tabla de amasar espolvoreada de harina, y se cortan galletitas que se colocan en cazolejas untadas de manteca y espolvoreadas de harina, se tapan con una servilleta y se dejan reposar 15 minutos y luego se asan con calor moderado.

CONSEJOS HIGIENICOS

Se vive siempre en la continua zozobra de adquirir las enfermedades y la prueba de ello es el número de avisos para curar todas las enfermedades que leemos a diario en los periódicos. Lo que sí podemos constatar es que el número de enfermedades aumenta de día en día. Todos los libros de higiene dan las normas para mantener nuestro cuerpo en estado de salud, para su desarrollo, para su fortaleza, nos dicen hay necesidad de tal cantidad de albúmina, de hidratos, de carbono y de grasa, también se habló de calorías. Pero antes no se hablaba de sustancias vitales como las vitaminas, y de sustancias nutritivas como los minerales y si se hablaba no se le daba importancia. Es por esto que la cocina antigua no tenía la importancia que tiene la cocina moderna. Antiguamente la carne era principal alimento y hoy día se sabe que es pobre en vitaminas y se cocinaban las legumbres lo más posible privándolas de las sustancias nutritivas y por la falta de conocimientos de los componentes de la alimentación es que las enfermedades se han multiplicado. Por esto es que debemos estar muy satisfechos de que la ciencia moderna nos haya puesto en conocimiento del verdadero valor nutritivo de los alimentos y toda ama de casa puede alimentar a los suyos científicamente, evitándose ella los peligros consiguientes al desarrollo de enfermedades debido a un falso régimen alimenticio. Para facilitar a las buenas amas de casa comenzamos una pequeña sección de consejos para una buena alimentación apropiada.

Pesquería Germania

Frente al Palacio Nacional en la parte baja del Hotel Europa, pueden las señoras comprar con toda confianza pescado fresco, transportado de Puntarenas en refrigeradores especiales y expendido aquí con los métodos higiénicos modernos.

REVISTA COSTARRICENSE publica sabrosísimas recetas para que las suscriptoras puedan aprovechar dar en sus hogares un alimento necesario al organismo y a precios baratísimos.

TELEFONO 3131

La Conversión de Eva Lavallière

(Continuación)

El Cura Chasteignet no pudo desentenderse del llamado de su ahijada. Toma el tren de media noche en Tours. Estamos a mediados de Noviembre y con tiempo invernal ya. En la estación de Lourdes, Eva Lavallière lo espera desde dos horas, pues el tren trae atraso. Está aterida de frío, pero radiante de alegría a la vista del Padrino tan deseado.

Lleno de confianza, entrega en sus manos todos los acariciados proyectos. De todas maneras, no puede ni quiere escoger la villa Betania como morada definitiva. Ha pedido a las religiosas de la Inmaculada Concepción (Hermanas Azules), la admitieran de pensionista La Superiora, al tanto de su antigua profesión, pero sin conocer la solidez de su conversión, opone delicadamente ciertas dificultades. Pero, apenado por estos rechazos, el buen cura sale en defensa de su protegida:

—Oiga, mi Madre, no sé si en toda su casa Ud. encontrará una alma tan bella como la suya.

Sobre la fe del sacerdote, la Superiora consiente en admitir a la nueva pensionista. Terminada su misión, el señor Chasteigner se despide, dejando a sus dos ahijadas encantadas en su nueva habitación.

Noviembre. Lunes, a las 2.

Querido Padrino:

Conforme se lo prometí, le escribo hoy para decirle que estamos muy, muy bien, muy, muy felices. Todo el mundo aquí a las mil maravillas con nosotras: las hermanas y las pensionistas; y después, la capillita está en la misma casa, ¡esto es único! Todas las mañanas oímos la Santa Misa y recibimos la Santa Comunión en la casa; nos sentamos a la mesa de la señorita que dirige a las pensionistas; ella nos hace hacer nuestra hora de adoración al Sagrado Corazón todos los días; el primer Sábado del mes próximo quedaremos agregadas a la archicofradía, la misma que hay en el Sagrado Corazón de Montmartre. En una palabra, somos muy dichosas. He mandado a Juana la carta de que hablamos y... espero. La superiora del Carmelo me contesta diciéndome que no tiene lugar en Lisieux.

La biblioteca de aquí tiene toda clase de

libros interesantes; sacamos de ella pasto para el espíritu y también distracción.

Hemos comprado zapatos gruesos con tacón bajo; es calzado muy rústico, pero si no realza el pie, es cosa firme, práctica y de abrigo.

Estamos organizando nuestra pequeña existencia, todas las pensionistas son solteronas, pero nos acomodamos a esta nueva compañía, pues son almas bellas y es esto lo esencial.

Gracias otra vez y mil veces por lo que acaba de hacer por nosotras, ¡un viaje tan pesado! escribame luego para decirme cómo está y si no está demasiado cansado. Le guardaremos una gratitud sin límites y agradecemos tanto a Dios haberle puesto a Ud. en nuestro camino. Tenemos en Ud. a un padre, a un amigo, a un guía seguro y le correspondemos toda la ternura que Ud. nos demuestra.

Crea, querido Padrino, en el cariño de nuestros corazones muy agradecidos.

Eva Lavallière.

Noviembre. Lunes, a las 2.

Según mi promesa le escribo y le escribiré todos los Lunes, mi querido Padrino. Recibí su carta con la narración de todas las peripecias de su viaje. ¡Qué frío ha debido tener y qué cansado habrá quedado! Espero que por lo menos no habrá estado enfermo; tranquilícenos en su próxima carta.

Todo va bien aquí y nos vamos acostumbrando cada día más a nuestra nueva vida, hallando en ella la calma y la dicha. Leona también está mejor, se repone y empieza a estimar casi tanto como yo este camino nuevo que hemos emprendido. Nuestra existencia no ofrece nada de particular ni de sensacional, felizmente, por lo demás; nuestra salud excelente. El alma y el cuerpo están en camino de rehacerse completamente.

Nos levantamos a las seis de la mañana y nos acostamos a eso de las nueve; a veces leo un poquito y después se duerme. Uno se afana en amar a Dios lo más y lo mejor que se pueda. En esta tranquilidad espero mi porvenir y me preparo a él porque presiento que el Señor me tiene otra cosa que permanecer aquí indefinidamente.

(Continuará)

Muñequita

(Continuación)

—Oyeme, pequeña: si tú fueses solamente princesa, y no precisamente la princesa de Randchany, quizá yo no te aconsejara romper el encanto de este sueño tan lindo. Porque no hay que negar, princesita, que tu sueño es un sueño maravilloso. Es precisamente el sueño que trastorna, no a todas las cabecitas frívolas de veinte años, sino a todos los corazones verdaderamente femeninos, para los cuales la mayor gloria de una vida de mujer consiste en amar y en ser amada. Y conste que quien así te habla, fue, como tú, mujer, y como tú conoció el amor y... el dolor.

—¿También usted, reverenda Madre?—suspiró Perla alzando la cabeza y mirando a la religiosa, llena de súbita simpatía.

—También yo... ¿Creías que las que aquí vivimos, al parecer tan alejadas del mundo, y sus miserias, no vivimos antes en él y fuimos muñecos de su farsa, movidos por el hilo de toda clase de pasioncillas? Sí, también yo, pequeña. Pero de eso ¡hace ya tanto tiempo! Y ahora hablábamos de ti...—eludió discretamente la Priora.

—Sí, de mí...

—Y decía yo que quizá en otras circunstancias yo te mandase... o te aconsejase defender ese amor. No es la primera princesa que se ha casado, siguiendo los dictados de su corazón, con un caballero particular. En las cortes de Europa se nos dan varios felices ejemplos que no es menester que te señale, porque tú los conoces.

—La princesa Mary de Inglaterra...

—Y su hermano, el duque de York... y otros, otros muchos. Pero ni el Gran Duque reinante de Randchany tiene el espíritu amplio, democrático y comprensivo del rey Jorge, ni las circunstancias de su reino, de su nación, mejor dicho, le permiten dejar a un lado ciertos aspectos del asunto. Tú ignoras todo esto, y yo no soy tampoco la llamada a explicarte el cómo y el porqué de determinado convenio que tu difunto padre llevara a cabo con el rey de Neuberg a raíz de la Gran Guerra, la cual, con sus consecuencias, estuvo a punto de tragarse la risueña nación de la cual eres prin-

cesa, como se tragó otras reformando de un modo insospechado el mapa político europeo.

—Yo sabía que papá celebró ese convenio con el rey de Neuberg. Usted se referirá a mi casamiento con el príncipe Carlos Enrique, el heredero.

—Me refiero a un tratado internacional de triple alianza en el cual medió Inglaterra. Lord Haines y el actual ministro de Estado de tu país deben conocer muy bien todos los secretos de ese tratado; yo solamente sé... por menudas indiscreciones de ciertas personalidades, que el tratado era de un interés vital para Randchany y que una de las cláusulas que mediaron y se aceptaron fue la de un compromiso matrimonial entre personas de ambas casas reinantes, entre sus herederos...

—¿Cómo los herederos...? Yo no soy la heredera de la casa reinante de Randchany.

La religiosa se detuvo, un poco indecisa. Verdaderamente, la ignorancia en que se encontraba Perla respecto a los asuntos interiores de su familia era fantástica.

—No. Tú no eres la heredera de la casa reinante de Randchany. Ya sé yo que lo es tu hermano, el príncipe Federico. Pero tú no ignoras que tu tío, el hermano mayor y único de tu madre, es el rey de Vania y que no tiene más herederos directos que tú y tu hermano.

—Pero el heredero será Federico, supongo...

—Supones mal. Otra de las cláusulas del tratado famoso obliga a tu hermano a renunciar en ti esos derechos tan pronto como cumpla la mayor edad. El rey de Vania está por completo de acuerdo en este punto: ignora el porqué de estos complicados manejos diplomáticos que tuvieron a Europa en suspenso durante varios meses. Parece ser que Neuberg, es decir, la dinastía de los actuales soberanos de aquel país, tiene y alega derechos incontestables al trono de Vania y el único modo de despejar esa amenaza que se cierne sobre la tranquilidad de Europa y de tu familia es el de fundir todos los derechos de dos casas reinantes en una sola. El medio ni es nuevo, ni asombra: la Historia nos lo presenta muchas veces.

—Sí...

—Ahora ya tienes explicado por qué eres princesa heredera de Vania... Casi reina de Vania.

—Aun no...

—Claro. No, mientras viva tu tío, pero en la conciencia de todos está eso. Y tú pensarás, por tu parte, si una mujer en quien descansa la paz de dos naciones puede ponerse el mundo por montera y jugar al amor con un oficialito de la Marina inglesa.

Era la primera vez, durante toda la charla, en que la voz de la superiora sonaba con notas de reproche; pero al ver que los ojos llorosos de Perla se alzaban hasta ella asombrados y doloridos, como los de un niño a quien se riñe injustamente, volvió a decir, toda llena de ternura y suavidad:

—¿Comprendes ahora por qué te aconsejé varias veces que no soñaras?

—Sí, ahora lo comprendo.

—Si irremediablemente has de ceder a tu destino, si has de ir al matrimonio que ha concertado la diplomacia para evitar una guerra absurda, si te has de sacrificar por el bien y la prosperidad de unas naciones que esperan en ti, ¿para qué complicar más ese deber, ya de suyo difícil, yendo al matrimonio con el dolor de dejar detrás un amor, un corazón destrozado y unas ilusiones tronchadas; con la amargura de entregarte tú misma, en plena rebeldía, como si subieras a un calvario donde te aguardase un patíbulo? Si aun estás a tiempo, y yo creo que sí, arranca la espina del cariño, sufre, sangra unos días... Después vendrá el olvido, más tarde la paz, más adelante una dócil resignación... ¡esa divina resignación que hasta por egoísmo nos conviene! Y luego... ¡quién sabe! El príncipe de Neuberger es como una cajita de sorpresa. Acaso crees que ha de ser antipático, que no has de quererle, que nunca congeniarás con él y luego resulta que es un hombre agradable, que empiezas por apreciarle, le estimas después y al fin lo amas...

—¡Nunca!—gritó apasionadamente Perla.—¡Oh, Eric...!

Pero la Superiora continuó sin hacerle caso: —...si no con el amor lleno de ilusiones de los quince años, románticos y locos, con ese cariño grave y reflexivo que nace de la mutua comprensión, del aprecio recíproco...

Al fin, yo no tengo noticias de que S. A. e de Neuberger sea ningún monstruo.

—Dicen que es alto y flaco... y feo...—saltó puerilmente la princesa.

—¡Qué chiquilla eres!—se echó a reír la religiosa.—¡Vaya que son tres cosas que deben pesar mucho en la balanza cuando se trata de la tranquilidad de dos naciones... es decir, de tres, porque seguramente serían tres: Vania, Randchany y Neuberger, las que entrarían en la danza! ¿Y es que porque sea flaco, feo y alto, no puede ser el príncipe una excelente persona? ¿Acaso crees que la belleza física es un elemento indispensable para el amor? ¡Vamos!, conoces muy poco la vida y la psicología del alma humana en general: el amor es una cosa absurda... y ciega... y, niña, con todas sus puerilidades. ¿No estás cansada de oír: «De qué se habrá enamorado tal o cual persona?» ¡Bah! Las mujeres que mayor revolución causaron en la Historia, no tuvieron nada de hermosas en el amplio y perfecto acoplamiento de esta palabra. La famosa Cleopatra fue una morenucha insignificante: flaquita, pequeña, esmirriada... Lo cual no fue óbice para que Marco Antonio y Octavio perdiesen la cabeza por ella. Los retratos que la crónica de Luis XIV nos dejara de la famosa Luisa de La Vallière nos la pintan como una rubia pálida y enclenque y coja por añadidura... La célebre princesa de Eboli que dicen—dicen ¿eh?, yo no lo digo—que levantó de cascos al rey más prudente de la cristiandad, a aquel flemático Felipe de España que oyó la nueva de la pérdida de su Armada Invencible sin alterar su sangre fría, era tuerta. ¡Tuerta, hijita! ¿Tú concibes que pueda ser hermosa una mujer tuerta? Conque no pongas por argumento el mayor o menor atractivo físico del pobre príncipe. El amor no tiene nada que ver con eso. ¡Es ciego! Además, tú no eres frívola. Eres una mujercita sensata y seria y sabes, perfectamente, que las cualidades son las que determinan el cociente del amor. ¿Te has enamorado, acaso, del capitán De Novorog... porque es guapo? ¿A que no? ¿A que le amaste... por su gesto hidalgo, por aquel gesto a lo antiguo régimen, tan raro entre los muchachos del día? ¿A que precisamente te enamoraste de él... porque no te besó?

—Sí, es verdad. Ya le quería—y le quería por eso—y aun no sabía si era guapo o feo—confesó Perla, ruborizándose.

—Y yo apostaría ciento contra uno sin miedo a perder, a que él no se enamoró de ti por bonita—y lo eres—sino precisamente por aquella desesperación y aquella protesta de muchacha honesta y pura que vió desbordarse en ti sólo al pensamiento de ser besada por un hombre—afirmó gravemente la Superiora.—Y ya hemos vuelto a Eric de Novorog, insensiblemente. Y puesto que hemos vuelto a él, hablemos de él. Ya sé que duele, que es como remover la punta de un cuchillo en una herida, pero es preciso que tú y yo quedemos de acuerdo esta tarde sobre un punto importante.

—¿Cuál?

—Qué es lo que se ha de hacer con ese muchacho?

—Ya se lo dije a usted antes: decirle «toda la verdad». Eso quiere decir alejarlo de mi vida para siempre... romper el sueño!—exclamó Perla con infinita amargura.

—Pero, ¿cómo? ¿En qué forma? Hasta para herir hay delicadezas, Perla.

—Me temo que por muchas que empleemos, no bastarán a suavizar el golpe. Trátase de un hombre extraordinariamente sensible. Por eso yo había pensado que quizá fuese mejor escribirle que darle de palabra la puñalada. ¿No cree usted, reverenda Madre?

—No, hija mía, no lo creo así. Primero, porque me parece de tu parte una cobardía—tú debes tener el valor de hacerle tu confesión con toda nobleza, con toda humildad, frente a frente—y, segundo, porque las palabras escritas tienen siempre un sentido abstracto, son algo frío y duro que no suaviza un matiz, ni una sonrisa, ni una inflexión de voz. Y tú convendrás conmigo en que ya que se le da el disgusto hay que atenuarlo por todos los medios posibles. Así, junto al amargo recuerdo que le producirá la idea de haber sido juguete de una princesita romántica, que en él quiso probar el hechizo de vivir un sueño, tendrá la memoranza de tus dulces palabras y el alto ejemplo de tu valentía, que no ha retrocedido ni ante el humillante extremo de una confesión con tal de endulzarle la pesadumbre de su desencanto. Si se tratase de otra clase de muchacho, quizá con unos renglones fuera suficiente, pero Eric de Novorog—¿no es así como se llama?—merece todas las consideraciones, no es un hombre vulgar. Y tú le de-

berás, mientras vivas, la gratitud inmensa que debe una mujer a quien tuvo para ella un rasgo de hidalguía.

—¿Y he de verle?—se afligió la princesa.—No sé si me atreveré.

—Y sin embargo lo deseas con toda tu alma...—sonrió la religiosa, con melancólica dulzura.

Callaron un punto: la una, hundida quizá en los recuerdos terebrantes rápidamente ahuyentados, de un pasado que nadie más que ella conocía, un pasado que debió de ser duro y malo, y la otra, temblando de deseo y de temor ante un inmediato porvenir, que sería como el último relámpago de dicha en su cielo. Después... nada; el rompimiento, el adiós, la noche eterna de lo desconocido. Perla se estremeció sacudida por un latigazo de frío. Sentía un intenso malestar físico.

—Madre: ¿no le parece que la vida es cruel?

Miróla dulcemente la religiosa, con una mirada que era una caricia llena de ternura.

—La vida, hija mía, no es más que un camino lleno de abrojos que nos lleva al cielo. A veces, por suerte, acertamos a poner los pies en un claro del sendero liso, llano y limpio, y entonces solemos hacernos la ilusión de que se han acabado las espinas. Pero no pasa de ser una ilusión: el camino continúa lleno de obstáculos que destrozan nuestras plantas... Hay que mirar la realidad cara a cara, con valentía; y la realidad es que en todas las edades hay cruces. Como que la vida entera no es más que sacrificio, renunciación y calvario... Pero esta vida, no es la vida: la vida es algo que está más allá de estos días miserables. Acuérdate de que hemos de ir a buscarla destrozándonos los pies por el sendero y no envidias a nadie, pues la ley del dolor es ley universal que a todos nos comprende, y ¡ay! de aquellos que la reciben con rebeldía, sin sacar de la tribulación el fruto de virtud y conformidad que ha de salvarlos!

La princesa no contestó, pero estas palabras leales y escuetas como la misma verdad, hallaron el camino de su corazón y pusieron en él destellos de ánimo y de energía, que iba a necesitar mucho para hacer frente a las terebrantes horas que se avecinaban.

* * *

Cuando la Hermana portera introdujo al capitán De Novorog en el sencillo despacho de la Madre Superiora, daban las siete en cuatro o cinco relojes de distintos edificios públicos, desgranando sus campanadas desde las altas torres con una armonía pintoresca de tonalidades metálicas.

El jardín estaba en la gloria de un crepúsculo bermejo y fantástico y en toda la pensión reinaba un silencio de palacio encantado que impresionó al mozo. Momentos antes, cuando asistía al Mes de María, una Hermana lega se había acercado con pasos cautelosos hasta la capilla de San José, donde él se hallaba, y escuetamente le rogó, en nombre de la reverenda Madre Superiora, que tuviese la bondad de pasar a verla tan luego como terminase la función religiosa.

No pudo evitar Eric cierto sobresalto. Ya había notado que esta tarde no estaba Perla entre las educandas. ¿Había descubierto algo la Superiora y castigaron a la chiquilla? ¿Qué sabía de él la monja para enviarle a llamar?

Muy inquieto, el oficial esperaba derecho, en el amplio despacho prioral de la reverenda Madre. La hora, el ambiente, hasta el somero mobiliario y austerísimo aspecto de la habitación, ponían en él cierta punzante melancolía no exenta de negros presentimientos. Muy nervioso, paseábase de arriba abajo de la estancia sobre la gruesa alfombra roja que cubría el enlosado tosco, cuando una puertecilla excusada se abrió sin ruido y la alta estatura de la Priora se perfiló precisa, con toda su prestancia aristocrática, sobre el hueco oscuro que enmarcaba la puerta, al abrirse. Los dos se miraron de alto a bajo. El pareció satisfecho del aspecto serio y digno de la religiosa, bajo cuyos hábitos adivinó en seguida una mujer de mundo—lo peor que le hubiera podido ocurrir en su caso, fuera el encontrarse con una monjita escrupulosa y poco experta—y ella se quedó suspensa un punto al mirar al joven, sencillamente vestido con su uniforme de marino inglés. Lo que Lillian y Perla, en su ignorancia, no advirtieron, notólo al punto el ojo diestro de la reverenda Madre. Ella no sabía decir qué era, a punto fijo, pero de la anónima personalidad del oficial de marina se desprendía «algo» que la puso en guardia. «Sentía» su superioridad, dábale cuenta vaga-

mente de que estaba en presencia de «alguien». ¿Era intuición o práctica mundana? La Superiora no supo nunca aclararlo, pero sintió el efecto de esta impresión.

—¿El capitán Eric de Novorog, de la Armada Real Inglesa?—preguntó, cortésmente.

Cuadrado militarmente, él contestó al tiempo que saludaba inclinándose:

—Para servirla, reverenda Madre.

No le invitó a sentarse. Evidentemente, la religiosa se encontraba en una posición difícil y tenía prisa de concluir la entrevista.

—Me he tomado la libertad de molestar a usted mandándolo llamar, porque hay una de mis educandas que tiene necesidad de hablarle esta misma tarde—declaró con cierto apresuramiento la Priora.

Una leve palidez se extendió por la cara del oficial, y este pormenor pareció impresionar penosamente a la religiosa.

—No dispongo de tiempo para dar a usted prolijas explicaciones, capitán. Así, le enviaré a... Perla y esperaré rezando en el coro a que terminen ustedes su entrevista.

Y sin aguardar a que el marino contestase, la monja desapareció por la misma puertecilla por donde entrara, pulsando antes un timbre con presión prolongada. Pero no cerró la puerta, sino que la dejó abierta, y desde el sitio en que se hallaba, Eric pudo verla arrodillarse, y sacar su libro de horas, en cuyas páginas semejó embeberse, ajena tal vez a lo que pudiera pasar en el despacho. Aunque bien sabía él que todas sus facultades perceptivas estarían agudizadas, sentía que en el ánimo de la religiosa flotaba una vaga e indefinible alarma. Su cabeza se inclinaba sobre el breviario iluminada a intervalos por el llamear intermitente de una gran lámpara encendida junto a un magnífico Cristo en la agonía que decoraba el testero del coro, justamente frontizado al lugar donde se encontraba Eric. De abajo, llegaba el rezo de la comunidad dando comienzo a las preces con una salmodia que la Priora no presidía hoy, contentándose con seguirla en voz baja desde el coro mientras todos sus sentidos estaban pendientes de la escena que iba a desarrollarse en el despacho, entre la princesa de Randchany y el capitán de Novorog.

(Continuará)

Otro agente terapéutico, el trabajo

Por el DR. JAS W. BARTON, Canadá

A un notable médico le dió un ataque tan fuerte de reumatismo proveniente de amígdalas infeccionadas que le sobrevinieron complicaciones: una enfermedad del corazón y una pleuresía crónica, siendo necesario desaguarle constantemente la pleura. Mejoró de todos estos males, pero quedó un poco desequilibrado, con el ánimo deprimido, negándose a salir y cogiéndole adversión a las visitas.

Al cabo de tres años, ese doctor fué a pasar una temporada de campo con un paciente que determinó ponerlo a trabajar para ver si se animaba, y le dió unos instrumentos agrícolas para que los reparara. Se fue entusiasmando de tal manera, que no se concretó a repararlos sino que construyó nuevos; y cuando volvió a la ciudad, dispuso que se hicieran reparaciones y mejoras a su casa, trabajando él mismo con los carpinteros y mecánicos. Dentro de poco tiempo se mejoró de la neurastenia, reabrió por fin su despacho y reasumió su práctica. Ahora es el médico jovial y dinámico de antes.

Entre los médicos se conoce ese tratamiento con el nombre de trabajo terapéutico (inglés: occupational therapy), que es simplemente el oficio que le imponen al inválido, especial-

mente al neurasténico y al loco. Un célebre alienista ha dicho: «El nuevo agente terapéutico, la ocupación, se llegará a clasificar con los anestésicos, antitoxinas y otros medios de mitigar sufrimiento y acortar la duración de una enfermedad; no sólo estimula los músculos y la circulación de la sangre sino satisface la mente y las emociones. El artículo hecho por el paciente no es más que un producto accesorio, pero el paciente curado es un producto completo.»

Recuerde, pues, cuando Ud. compra algún objeto elaborado por uno de esos soldados que vuelven de la guerra ciegos, mutilados o desequilibrados a causa del efecto de los gases asfixiantes, o por un loco u otra persona medio desequilibrada, que de por sí no tiene importancia ni aplicación; no es más que un producto accesorio, pero hay que apreciarlo por su valor significativo; lo hizo el soldado o un loco porque formaba parte de la ocupación disciplinaria de un tratamiento que probablemente le devolvió la razón e hizo posible que volviera al seno de su familia y de la comunidad de los cuales era miembro.

(Del Diario Comercial de Honduras)

La naturalidad

(Envío de don Manuel de la Torre)

La mujer elegante debe ser natural sin detalles vanidosos de dignidad forzada que a veces adoptan algunas que se creen que si no los usan son vulgares.

Es muy natural a pesar de sus modales distinguidos, más natural que muchas personas sencillas o que se creen serlo, precisamente carecen de naturalidad por acentuar demasiado la sencillez.

La que es sincera será natural, porque es tal como la ha formado la Naturaleza, la educación y las buenas costumbres.

No afecta sentimientos que no posea procurando sólo extirpar los defectos o las faltas

que tenga apartándose de todo lo que es mezquino, aspirando a todo lo que es generoso, delicado, noble y bueno y de este modo, su carácter es siempre igual, porque no piensa ni obra sino con arreglo a su manera de ser habitual.

La naturalidad nace de la ausencia de pretensiones y de la práctica diaria de la elegancia moral que no excluye esa especie de timidez mezclada de reserva y de recato.

La mujer chic deja que su rostro exprese las emociones que ella experimenta, a menos que, por justificada altivez, por bondad o por caridad, se vea obligada a disimularlas.

PLUMAS FUENTE Y LAPICEROS

Nuevos estilos de las renombradas marcas

«PARKER» «EAGLE» «WATERMAN»

A PRECIOS SUMAMENTE BARATOS, en la

LIBRERIA LEHMANN & CIA.

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA».

» de Santa Ana, Hacienda «LINDORA».

» de Turrialba, Hacienda «ARAGON».

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

APARTADO 493 - TELEFONO 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material
nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

Use bombillos

EDISON MAZDA

The Costa Rica Electric Light
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial
Distribuidores

Inculque a sus hijos la buena costumbre del

AHORRO

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.